

Las Mujeres



del Quijote

DISCURSO

LEÍDO POR

D.^A MARÍA CARBONELL

*Profesora de la Escuela Normal de Maestras y de la Institución
para la Enseñanza de la Mujer*

EN LA VELADA QUE CELEBRÓ ESTE ÚLTIMO CENTRO DE ENSEÑANZA

el día 7 de Mayo de 1905

*para conmemorar el tercer centenario de la publicación de la
inmortal obra de Cervantes*

El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha



VALENCIA

IMPRESA DE DOMÉNECH Y TARONCHER

D. Juan de Austria, 9

Las Mujeres

del Quijote

DISCURSO

DE LA MARIA CALZADILLA

El día 4 de Mayo de 1903

El ingenioso alcaide de la prisión de la Mancha



VALÈNCIA

Imprenta de J. V. Castelló y C.ª



Señoras y señores:

GALANTEMENTE invitada por este Centro educativo, vengo á llenar un número del programa de tan simpática fiesta, por más que éste será el más corto, el más insignificante, el menos importante y trascendente.

El tema es obligado (hablar del Quijote), el asunto grandioso y universalmente conocido; los juicios emitidos innumerables y valiosísimos, y el fallo de la opinión, avalorado por los siglos, puede compendiarse diciendo: que el Quijote es una obra inmortal debida á un genio portentoso.

De su valor literario, filológico, moral, crítico, educativo y social, ¿que va á decirse, si esos asuntos han sido tratados magistralmente por todos los sabios y eruditos que han vivido después del gran Cervantes?

De las obras sublimes, se ocupan todos los que de apreciar la sublimidad son capaces, equiparándose muchas veces la grandiosidad de las cosas juzgadas con los conceptos que á ellas se dedican. De lo malo é insignificante nadie se ocupa; lo que es relativamente bueno, suscita controversias y opiniones disconformes y de gran dis-

paridad, atreviéndose entonces las medianías á enaltecer ó censurar, según los diferentes criterios. El campo que en caso tal se ofrece es extenso, los puntos de vista inacabables; pero lo bello, grande y perfecto, ya casi en los términos ó lindes de lo absoluto, es como un Sancta-Sanctorum en donde no pueden penetrar más que los tocados y marcados con el divino sello del genio.

Los genios, pues, han juzgado la obra del genio y han ahondado, analizado, buscado y encontrado en ella los riquísimos é inagotables tesoros que encierra.

Los simples mortales no favorecidos con el quid divino, hemos de contentarnos con ser amadores y sentidores de la belleza y no nos quedan más que dos recursos: admirar y aplaudir.

Pero... aunque así sea, ¿de qué voy á hablar aquí, si no es del Quijote? ¿y qué voy á decir, si todo está dicho admirablemente?

En la imposibilidad de ser original, veré si puedo ser oportuna, é imagino que lo seré discurrendo brevemente sobre cualquier punto de mira de la grandiosa obra.

Preocupándome sólo de la oportunidad—que puede en parte disimular ó encubrir la insuficiencia,—pienso que esto es un centro de educación femenina, y uniendo á la idea de El Quijote, la de la mujer, encuentro mi tema y me decido á hablaros por breves momentos de las mujeres de El Quijote.

El gran Cervantes, al retratar á las mujeres puso de manifiesto su caballeridad é hidalguía nativas, su exquisito sentimiento y la bondad de su corazón. Jamás se ensañó con ellas, como Quevedo y otros escritores, ni sacó á la pública vergüenza sus defectos y debilidades, comprendiendo que unos y otras son propios de la humanidad y no exclusivamente del sexo femenino.

En El Quijote nos ofrece Cervantes una galería completa de mujeres todas adorables y algunas con cualidades dignas de loa y alabanza.

La belleza supra-sensible, el arquetipo de la idealidad, el amor intenso y á la vez platónico que en nada material se funda; que ama por el placer de amar sin esperar la recompensa; que se nutre de esperanzas y recuerdos; que no

discute ni compara cuando se trata de reconocer méritos del bien amado,—calificado ya sólo con serlo,—como el objeto preferente, indiscutible, incomparable y único. Ese amor constante y eterno, inmaculado y puro, amor que radica en el espíritu, que ocupa el pensamiento y el corazón del sublime loco, tiene su encarnación en una mujer, en la sin par Dulcinea del Toboso.

Si en materia de amor hay pensamientos que descenden del cielo y pensamientos que se alzan de la tierra, preciso es confesar que los amores de D. Quijote se nutren con los primeros. Él no necesita de la presencia real del objeto amado, para rendirle culto y guardarle fidelidad. Con la doble vista del espíritu y la fantasía ve á su amada al reflejo pálido de la luna, simpático y mudo testigo de su amor, y fía sus mensajes cariñosos al céfiro suave, con el encargo de que acaricie la frente adorada y juegue con las hebras de oro de sus cabellos.

El amor platónico en su filosófica verdad es el que se profesan dos seres que nunca se han conocido; el enlace invisible de dos almas que aman lo que desean y no desean lo que aman, y de este modo amó D. Quijote á Dulcinea y soñó en ser amado por ella.

El protagonista de la obra de Cervantes creyó á la mujer capaz de constancia, fidelidad, pureza, honestidad, desinterés y abnegación; los que presentan en la actualidad tipos femeninos, amparándose del realismo, las retratan impresionables, volubles, ignorantes, tornadizas, vanidosas, inconstantes y positivas. Callan sus virtudes y ponen de relieve sus defectos, las adulan en presencia y las ultrajan en ausencia.

Nuestra sociedad trata con cierta ironía las cuestiones más arduas y trascendentales y actualmente es hasta de mal tono defender con calor opiniones é ideas.

En la educación no se trata de sugerir ideales, y en cambio la punzante guasonería se encarga de ridiculizar cuanto hay de noble y sano en el alma humana y en particular en el alma de la mujer, y de ahogar la sinceridad y los tiernos sentimientos. Al que sueña y se finje allá en los palacios de su fantasía imágenes de seres y de cosas que no encuentra en la tierra le llaman *Quijote*, siendo

de admirar que después de compadecer desdeñosamente á los Quijotes, hayamos estado acordes con rara unanimidad todos los españoles, en tributar un recuerdo á la aparición del loco sublime en los fastos de nuestra literatura. Y puesto que á honra tenemos el haber sido tan magistrálmente retratados por Cervantes—ya que los defectos del sin par caballero son los de la humanidad,—no nos quedemos sólo con las locuras rechazando las sublimidades. Seamos Quijotes, pero siempre enamorados de Dulcinea, esto es, del ideal en cualquiera de sus formas y manifestaciones: el ideal de la Patria, el de la perfección, el de la belleza.

Es un error el pensar que para vivir, medrar y dirigir no se necesitan más que conocimientos, astucia y buen sentido. Sólo la ignorancia de la Historia puede preconizar error tan grave, pues la experiencia demuestra con hechos fehacientes, que la depuración suprema de la sensibilidad, las altas pasiones y los ideales sublimes son los que inflan las velas de los pueblos que navegan con buen viento por los mares de la moralidad y del progreso.

Y vosotras, jóvenes que me escucháis, no desdeñéis en absoluto el amor platónico personificado en Dulcinea, porque es la encarnación de la poesía y poesía y mujer deben ser dos cosas muy parecidas.

Sin desdeñar la realidad, porque en ella hemos de vivir, dejad un espacio en vuestra mente y en vuestro corazón para los amores ideales, para sentir la poesía y la belleza, para conmoveros con todo lo que es grande, dulce y hermoso; para adorar á esos seres invisibles que nos hablan con lenguaje dulce y misterioso, que flotan en el espacio acompañándonos en nuestras horas de melancolía, que charlotean en el ir y venir de las olas, que suspiran en el murmullo de la fuente, que gimen en el viento de la noche, que lloran en el rocío de los prados, que sonríen en los resplandores del amanecer.

La prosa de la vida necesita un contrapeso, y vosotras las reinas del hogar, tenéis el deber de poetizarlo.

Otra de las simpáticas mujeres del Quijote es la pastora Marcela. Ingrata, cruel, desamorada, fría, desdeñosa, dura de corazón, falta de sentimientos, fiera y ruda al de-

cir de sus desdeñados amadores, que con el insano egoísmo de la fuerza y la superioridad, pretendían hallar correspondencia. Si las mujeres tuviéramos que retratarla diríamos que Marcela era hermosa y discreta, digna en el porte, valerosa en el resistir, prudente en el rechazar, altiva y enérgica con los que se desmandaban, firme en sus convicciones, amante de su libertad, incapaz de rendirse sin amor, en una palabra, todo un carácter entero, resuelto, convencido.

La presunción masculina agota el repertorio de las burlas para calificar á las mujeres crédulas, complacientes y fáciles de conquistar y trata de crueles, de insensibles y hasta de incompletas á las que no ponen empeño en atraer y muestran amor á su independencia ó aficiones que las desvían del flirteo, la coquetería y las aventuras galantes. Semejante á coto de abundante caza quiere el hombre al sexo femenino, en donde pueda entrar y cobrar piezas sin gran fatiga, aunque después de verlas á sus pies como á despojo no las aprecia y ponga su pensamiento en las pocas que lograron escapar. Ya lo decía Sor Juana Inés de la Cruz en una de sus célebres redondillas:

«Pues como ha de estar templada
 La que nuestro amor pretende,
 Si la que es esquiva ofende
 Y la que es fácil enfada?»

Aun en los tiempos de Cervantes los enamorados desdeñados morían como el pastor Grisóstomo, abrasados por el amor y humillados por la contrariedad; pero las pobres Marcelas de nuestra época pagan frecuentemente con la vida sus esquiveces. Los crímenes pasionales que tanto abundan al presente, no suelen tener otro origen sino el deseo de lograr por la fuerza lo que de grado no se rinde: No resisto á copiar la hermosa defensa que hace Cervantes de la mujer poniendo en boca de Marcela estas palabras, contestando al amigo de Grisóstomo que la increpa.

«No vengo, ¡oh Ambrosio! á ninguna cosa de las que has dicho,—respondió Marcela,—sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo



me culpan; y así, ruego á todos los que aquí estáis, me estéis atentos; que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hizome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me améis os mueve mi hermosura; y por el amor que me mostráis, decís, y aun queréis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quiérote por hermosa; hasme de amar, aunque sea feo. Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos; que no todas las hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos; y, según he oído yo decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme; si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo; que, tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado ó como la espada aguda; que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y

hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles desta montaña son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede decir que no es obra mía que antes le mató su porfía que mi crueldad; y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino! Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mí mejor intención y prosupuesto.

Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razón que de su culpa se me dé á mí la pena. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo, aun hasta ahora, no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por elección es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan en su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muriese, no muere de celoso ni desdichado, porque á quien nadie quiere, á ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala,

el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, no los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera; que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiera que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias y no codicio las ajenas: tengo libre condición y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco á nadie; no engaño á éste, ni solicito aquél, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas de estas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene; tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera.» No puede hacerse más bella y gallarda defensa de las mujeres injustamente motejadas de crueles.

Y siguiendo el examen de las mujeres del Quijote, son de admirar en Luscinda la constancia y fidelidad que guardó á Cardenio, y la discreción, reserva y prudencia con que procedió para no mostrarse hostil á los mandatos paternales. En la labradora Dorotea resaltan: el amor profundísimo, la sencilla credulidad causa de sus desdichas, la abnegación con que perdonó á su engañador, los discretos razonamientos con que prueba que no hay timbre de nobleza que iguale á la virtud, demostrando que la limpieza de la sangre nada vale sin la limpieza del corazón y la bondad de las obras. Sus argumentos, robustecidos con la fuerza de la verdad y caldeados con el calor del sentimiento van certeros á la mente, y el corazón de su engañador trocando en ardores las tibiezas y proporcionando un señalado triunfo á la virtud y al talento de la mujer.

En el sentimiento amoroso descuellan D.^a Clara por la pureza é inocencia; por la vehemencia, generosidad y confianza Zoraida; Maritornes por lo zafio, brutal y grosero; distinguiéndose Camila por la decisión, la impetuosidad y la astucia. Antojadiza y pueril es en sus amores Leandra; valiente y desinteresada Quiteria; engañosa y

burlona Altisidora. La Duquesa presenta el modelo de los amores plácidos, felices y satisfechos; Claudia Jerónima el de los arrolladores y vengativos, y Ana Félix el de los tristes y contrariados. ¡Cuánta psicología femenina, qué tesoros de observación, qué riqueza de análisis, qué conocimiento tan profundo del corazón de la mujer encierra la gran obra de Cervantes! En el Quijote se revela como gran moralista, sociólogo, feminista, jurisconsulto, médico, teólogo y hablista. Por todas las páginas del gran libro brotan la inspiración, la galanura de la forma, la riqueza de las imágenes, las sublimes enseñanzas, los atinados consejos, el tono majestuoso, la sencillez, la sátira fina, el dualismo en acción jamás interrumpida, la sabiduría en lucha con la ignorancia, el valor frente á la cobardía, la esplendidez contrastando con la codicia, lo ideal en pugna con lo prosaico, lo sublime con lo vulgar, el contraste, en fin, fuente eterna de armonía y belleza.

Observo que insensiblemente estoy faltando á mi promesa y hablando de la obra, y es que el entusiasmo nos empuja y el orgullo nacional se desborda en este día haciéndonos prorrumpir en frases encomiásticas. Como disculpa de mi atrevimiento se me ocurre la idea de que lo que hace hoy España entera es entonar un coro de alabanzas á Cervantes, y en un coro pueden cantar hasta los que tienen poca voz y mala escuela. Contándome entre éstos voy á decir como final, que, á mi juicio, Cervantes es el más grande de los escritores, no sólo por su poderoso talento y gran ingenio, sino porque conoció la dura ley de la necesidad, sufrió, lloró, sintió hasta la amargura, adquirió gran experiencia con el trato de gentes de todas clases y condiciones, recorrió penosamente muchos países, bebió la inspiración en todas las fuentes; estudió en el libro grande, en el de la inagotable lectura, en el mundo. En él aprendió á conocer al hombre y á dignificar á la mujer, creyéndola capaz de talentos y de virtudes.

He terminado. Réstame sólo exclamar: ¡Loor al gran Cervantes! ¡Gloria á España que venera su memoria!

Maria Carbonell

